

MÚSICA PARA EL SILENCIO de Simón Gracia Lacaba

Silencio.

Ni la más mínima de las brisas podía romper ese silencio absoluto y vacío que inundaba la habitación por completo. No había nada que pudiera oírse ni dentro ni fuera de la estancia. Aquello que podía sentirse por cualquiera de los otros cuatro sentidos carecía de importancia, se congregaba en uno solo. Y todo ello, sin ser nada, se arremolinaba en un único punto de atención, un piano y el joven que se sentaba enfrente.

Una única lágrima rompió el silencio. Su roce recorriendo la mejilla producía un sonido lento, lleno de dolor y pérdida. La gota descendió hasta caer sobre una de las teclas. En ese momento, con las manos temblando, el joven consiguió posarlas en el piano. Sus muñecas dolían, las palmas estaban frías y los dedos trepidaban sin conocer si eran lo suficientemente capaces para ejercer un mínimo de fuerza sobre el instrumento. Tomó aliento y cerró los ojos procurando que ninguna lágrima más escapara. Y presionó una tecla.

La nota hizo vibrar toda existencia. Llegó y llenó cada rincón. El sonido que produjo era perfecto y ahora nada podía frenar esa sensación. Tras esa primera nota le siguieron más. Lentas pero sin pausa, una a una empezaron a componer una sinfonía de bellas emociones. La música hablaba, era un triste llanto que pretendía llegar a alguien en concreto, alguien que no podía estar ahí para escucharla.

El ritmo se agilizó fusionándose con la rabia que el joven sentía. Sus doloras manos se movían por todo el piano con unos ágiles dedos que pretendían llegar a notas cada vez más complicadas de alcanzar. La respiración del pianista se convertía en un instrumento de viento que de forma interrumpida acompañaba a la melodía. El ritmo de las pulsaciones desenfrenadas del corazón se asemejaba al de una percusión enfurecida. Todo ello formaba una orquesta cuyo piano era la pieza maestra que daba fluidez, sentido y emoción a esa sinfonía nacida de un dolor que sólo él podía entender.

Las blancas teclas se tornaban a rojo y salpicaban el negro piano. Las lágrimas del joven brotaban en un arrebató de tristeza e ira, ambas emociones unidas a los movimientos de sus manos ensangrentadas que, aparentemente cansadas, seguían atravesando la escala de notas de la más alta a la más baja.

La música no entiende de tiempo, pudo ser una eternidad o el más breve de los momentos, pero al final el ritmo cedió y descendió. La melodía pasó a calmarse, a despedirse de aquellas ningunas personas que la podían escuchar. Cada nota se separaba más de la anterior pero todavía eran fuertes, todavía transmitían sentimientos que nadie podía comprender. Ya no había más lágrimas que se pudieran derramar. El aliento en la respiración se desvaneció. Los latidos del corazón eran incapaces de conocer ritmo alguno. Y las manos, al fin derrotadas, se desplomaron sobre el piano produciendo la bella nota final que daba por terminada la composición de una melodía que nadie jamás podría recordar.

Y regresó el silencio